

## LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA DE ALFONSO REYES: CLAVES AMERICANISTAS Y ATISBOS DE UNA HISTORIA CULTURAL

ALFONSO REYES'S LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA: AMERICANIST KEYS  
AND GLIMPSES OF A CULTURAL HISTORY

 LEÓN FELIPE BARRÓN ROSAS

Doctor en Letras Latinoamericanas  
Universidad Autónoma de Querétaro, México  
[leon.felipe.barron@uaq.edu.mx](mailto:leon.felipe.barron@uaq.edu.mx)

 ULISES JURADO CONTRERAS

Estudiante Licenciatura en Historia  
Universidad Autónoma de Querétaro, México  
[juradocontrerasulises@gmail.com](mailto:juradocontrerasulises@gmail.com)

**Resumen.** Este artículo analiza *Letras de la Nueva España* de Alfonso Reyes como un ejercicio fundacional de historia cultural inscrito en su proyecto intelectual americanista. Frente a las lecturas que intentan subsumir su obra bajo una óptica hispanista, se argumenta que Reyes construye una ontología histórica del sujeto americano donde el barroco novohispano actúa como matriz de una conciencia diferenciada. Metodológicamente, se combina la hermenéutica textual, la historia intelectual y la teoría cultural para mostrar que Reyes, al historizar las sensibilidades plasmadas en la literatura, anticipa preocupaciones centrales de la historia cultural. El análisis de figuras como Balbuena, Alarcón y Sor Juana muestra que el relato de Reyes opera en un doble registro: como refutación política del hispanismo y como fundamento de una autonomía intelectual americana. De este modo, *Letras de la Nueva España* se erige no solo como piedra angular del americanismo crítico, sino como una propuesta que concibió la historia como una construcción interpretativa y las letras como el archivo simbólico donde una comunidad imagina y afirma su diferencia.

**Palabras clave:** Alfonso Reyes, historia cultural, americanismo, barroco, hispanismo

**Abstract.** This article analyzes Alfonso Reyes's *Letras de la Nueva España* as a foundational exercise in cultural history, integral to his Americanist intellectual project. Against readings that seek to subsume his work under a Hispanist lens, it argues that Reyes constructs a historical ontology of the American subject in which the New Spanish Baroque acts as a matrix for a differentiated consciousness. Methodologically, the study combines textual

hermeneutics, intellectual history, and cultural theory to demonstrate that Reyes, by historicizing the sensibilities embodied in literature, anticipates central concerns of cultural history. The analysis of figures such as Balbuena, Alarcón, and Sor Juana reveals that Reyes's narrative operates on a dual register: as a political refutation of Hispanism and as a foundation for American intellectual autonomy. Thus, *Letras de la Nueva España* stands not only as a cornerstone of critical Americanism but also as a proposal that conceived history as an interpretive construction and letters as the symbolic archive where a community imagines and affirms its difference.

**Keywords:** Alfonso Reyes, cultural history, Americanism, Baroque, Hispanism

Recibido: 26/01/2026. Aceptado: 18/05/2026.

## Introducción

En el año 2015, fue publicado un texto corto en extensión con aseveraciones discutibles sobre Alfonso Reyes. El escrito celebraba el centenario de la publicación de dos obras del intelectual mexicano que fueron escritas en España: *Cartones de Madrid* y *Visión de Anáhuac*. El diario *El país* dio lugar a esta conmemoración más que merecida a quien quizá pueda denominarse como el intelectual mexicano más importante del siglo pasado y uno de los más grandes de América Latina. El autor de la reseña tuvo el desatino de escoger como título para su escrito el siguiente: “Alfonso Reyes, el más español de los escritores mexicanos” (Núñez Jaime, 2015). Esto es inadecuado desde un análisis más abarcador de la obra alfonsina, debido a que el proyecto intelectual del integrante del Ateneo de la juventud se dirigió tempranamente hacia un americanismo y no a un hispanismo, especialmente si este último es entendido desde lo que Eduardo Subirats (2004) desarrolló en sus *Siete tesis contra el hispanismo*, donde señalaba que:

... la cristalización de lo hispánico en lo español, espina dorsal del discurso de la Hispanidad, se ha acompañado de una serie violenta de expulsiones y exclusiones lingüísticas y políticas, religiosas, intelectuales y étnicas, con efectos todavía vigentes hasta el día de hoy. (p. 149)

Cuando Víctor Núñez Jaime, autor del texto referido, asume que Alfonso Reyes fue el más español de los escritores mexicanos lo hace, sin duda, considerando que todo estudio cercano al hispanismo debe ser subsumido por lo español y leído desde sus coordenadas. Nada más desatinado para leer la obra del mexicano, quien por el contrario se alejaba de posiciones excluyentes y no consideraba lo español como “espina dorsal” de la cultura americana como veremos en las siguientes páginas.

Leer a Reyes tomando como punto de partida los presupuestos culturales y, por lo tanto, ideológicos y políticos del hispanismo conservador no es exclusivo

de algunos intelectuales españoles, también han existido y continúan existiendo mexicanos que practican este tipo de lectura. Estos hispanistas fueron descritos en su momento por el dominicano Pedro Henríquez Ureña (2001) como: “hispanizantes, enfermos de locura gramatical, hipnotizados por toda cosa de España que no haya sido trasplantada a estos suelos” (p. 243). Estos hispanistas son los mismos que en línea con Unamuno<sup>1</sup> –quien acuñó el término hispanidad– proponen hablar de una América española, Hispanoamérica o Iberoamérica, antes que de América Latina, borrando la carga histórica y simbólica que esta nomenclatura tiene desde el siglo XIX con José Torres Caicedo y Francisco Bilbao –en Colombia y Chile respectivamente– para referir a las luchas emancipadoras. Unamuno, por más liberal que se le pueda considerar, llegó a tener ideas afines a las del peruano José de la Riva Agüero (1905), quien en su libro *Carácter de la literatura del Perú independiente* afirmaba que “la raza española”, trasplantada a Perú y a América en general, “degeneró en el criollismo” por la influencia del clima y “el cruzamiento y hasta la simple convivencia con las razas inferiores, india y negra” (p. 8). Unamuno (1918), amante de lo castizo, escribió *Algunas consideraciones sobre la literatura Hispanoamericana* como comentario al libro de Riva Agüero, donde prolongó la idea de degeneración para señalar que esta no se había circunscrito a América, sino que había alcanzado a España. Este tipo de hispanismo no se le podría achacar a Alfonso Reyes.

Evidentemente, nombrar a Reyes como el más español de los escritores mexicanos responde a lo que el teórico marxista, Fredric Jameson (1989), catalogó como “inconsciente político”, mecanismo por el cual lo reprimido o no dicho se desvía para tomar otra forma, en la que permanece como un subtexto ideológico que hay que desentrañar (p. 66). El subtexto ideológico en el escrito de Víctor Núñez Jaime tiene como centro el hispanismo conservador, estrechamente vinculado a la colonialidad del saber<sup>2</sup>, mismo que ha intentado estructurar y

<sup>1</sup> Un ejemplo de esto es el trabajo “Unamuno e Hispanoamérica” de Pedro Ribas (2011), quien señala que el filósofo español rechazaba la idea de América Latina, en cambio prefería nomenclaturas como Hispanoamérica, Iberoamérica, América hispánica y América española (p. 83). Por otro lado, a razón de este tema es de gran relevancia regresar al trabajo del historiador chileno Miguel Rojas Mix (2018), *Los cien nombres de América*, en particular el capítulo “La segunda Hispanoamérica o la Hispanoamérica de la hispanidad”, en el cual desarrolla un análisis histórico sobre el nacimiento y desarrollo ideológico de la hispanidad, señalando que: “El segundo hispanoamericanismo es el subproducto de la ideología de la hispanidad” (p. 165). La cuestión aquí es percatarse de cuál es la ideología de la hispanidad, la que se desarrolla muy a la par de la obra de Alfonso Reyes. Aunque se pueda situar a Unamuno en una línea liberal de la hispanidad, lo cierto es que esto se hace frente a propuestas más radicales, netamente franquistas, como las de Ramiro Maetzu o ultraconservadoras, como las de José de la Riva Agüero (1905) en Perú expresadas en su *Carácter de la literatura del Perú independiente*.

<sup>2</sup> Edgardo Lander (1993) en “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos” señala lo siguiente: “Con el inicio del colonialismo en América comienza no sólo la organización colonial del mundo sino –simultáneamente– la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario” (p. 15). La organización de los saberes en la colonialidad privilegia la experiencia europea sobre cualquier otra, además de que se autoconsidera como universal y verdadera, de este modo cualquier producción de conocimiento tiene como centro rector Europa, o en lo que nos concierne, España.

delimitar las formas de ordenar y leer la cultura latinoamericana, siempre leída como inferior o como producto derivado.

Por lo anterior resulta imposible colocar la obra del escritor mexicano dentro de este hispanismo y, mucho menos, catalogarlo a él como el “mexicano más español”. Trabajos suyos como *Última Tule* están más allegados a una tradición que se remonta a Simón Rodríguez y su libro *Sociedades americanas* publicado en 1828, que a cualquier tradición de fines hispanizantes en el sentido de Subirats.

Por supuesto, no se pueden negar los años que el intelectual mexicano pasó en España, los cuales fueron relevantes en su formación filológica. La cuestión aquí a discutir es si esa filología realizada por Reyes en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Marcelino Menéndez Pelayo a su llegada, tuvo la misma base ideológica sobre la cual las élites letradas se asumen como guardianes de un saber entendido como exclusivo en tanto que representa para estas la evidencia del triunfo de un tipo de civilización o, si alejado de esta visión, Reyes dirigió su trabajo hacia una idea de la filología como disciplina que tiene mucho que decir sobre la vida<sup>3</sup>, la importancia del pasado en el presente, de la responsabilidad ética de trabajar y heredar las palabras del otro para compartirlas en el tiempo actual y hacerlas perdurar en resonancia para aquellos que están por venir.

Muy lejos estuvo Reyes de la visión racista de algunos de sus colegas españoles integrantes del Centro de Estudios Históricos como Américo Castro, cuyas opiniones sobre el español argentino mostraban su idea de inferioridad del sujeto latinoamericano respecto al español, las cuales fueron respondidas por Jorge Luis Borges en su momento. Las palabras de Castro sobre el indio en México bastan para tener un panorama sobre esa filología hispanista: “Al indio hay que tenerlo sometido, porque casi siempre es un pobre inferior, tontimalo” (en Mondragón, 2019, p. 70)<sup>4</sup>, decía Castro en una Carta a Reyes.

Dentro de la vasta obra de Reyes se encuentra un estudio publicado en la década de los cuarenta: *Letras de la Nueva España*. Dicho escrito se desliza eruditamente por la producción literaria novohispana, construyendo previamente sus influencias entre las que se encuentran, para el integrante del ateneo de la juventud, las lenguas indígenas y el latín. Las primeras, por su puesto, habían sido menospreciadas por la filología hispanista. Esta publicación pertenece a un plan más amplio de tintes americanistas, el cual se liga a las preocupaciones de

<sup>3</sup> Tomo esta noción de Rafael Mondragón (2019), quien escribe lo siguiente sobre la labor del filólogo en Latinoamérica: “dicha precariedad vuelve patente en sus obras el vínculo entre filología y cuidado de la vida humana, entre filología y humanidad, que justifica socialmente a la primera ante la comunidad que es dueña auténtica de las palabras cuidadas” (p. 11). Sobre la idea de la filología como ciencia de la vida también puede consultarse el trabajo de Ottmar Ette (2015), “La filología como ciencia de la vida. Un escrito programático en el año de las humanidades”.

<sup>4</sup> Rafael Mondragón (2019) en su libro *Un arte radical de la lectura* dedica varias páginas para describir lo que considera como tensión entre el hispanismo y el americanismo, especialmente con la apertura del Instituto de Filología en Buenos Aires.

su colega Pedro Henríquez Ureña por estructurar una historia de la literatura que diera cuenta del surgimiento de una sensibilidad humana particular y distinta a la española. El fin, en gran medida, era encontrar el nacimiento del hombre americano y, para ello, era necesario organizar la tradición literaria con una voluntad de relectura en la cual los elementos estético-literarios y sus procesos señalarían el nacimiento de una cultura diferenciada. Es por ello que *Letras de la Nueva España* no se trata exclusivamente de un análisis literario, sino de una historia cultural que va recogiendo aquellas *estructuras de sentimientos* de las que hablara Raymond Williams (2019), y que se encuentran en las obras literarias.

La tesis central de este trabajo sostiene que *Letras de la Nueva España* es un ejercicio fundacional de historia cultural dentro del proyecto americanista de Alfonso Reyes. Esta se habría gestado como parte de una historia de la inteligencia americana, cuyo objetivo desbordaba los intereses de la crítica literaria o de la historia de la literatura para acercarse a preocupaciones ligadas a la ontología de lo americano. Frente a las lecturas hispanistas, se argumenta que el texto busca rastrear la emergencia de una sensibilidad e inteligencia propias, construyendo una ontología histórica del sujeto americano donde lo barroco novohispano actúa como matriz de una conciencia diferenciada.

Los objetivos son: 1) reconstruir el contexto del americanismo alfonsino, deslindándolo del hispanismo; 2) exponer las claves teórico-metodológicas que hacen de la obra un modelo temprano de historia cultural y 3) analizar la narrativa histórica de Reyes sobre el barroco como eje de una refundación simbólica que afirma la autonomía intelectual de América.

### **La búsqueda de una ontología histórica americana: Reyes entre el cardenismo y la autonomía intelectual**

Ximena Gómez Goyzueta (2022), en su estudio titulado “Hacia una mirada decolonial de ‘La hispanización’ en *Letras de la Nueva España*, de Alfonso Reyes”, reconstruye el contexto político y cultural dentro del cual apareció este escrito alfonsino. Posterior al proyecto social cardenista arribó un planteamiento bastante diferente con el presidente Manuel Ávila Camacho. Entre los objetivos de la nueva política estuvo revertir el enfoque socialista presente en el cardenismo con la reforma al artículo tercero, en cuya redacción se definió dicho carácter para la práctica educativa nacional. Más que hacer referencia a un socialismo al estilo soviético, la idea de este tipo de educación respondía a la visión social, económica y cultural nacionalista del cardenismo. La educación en este sentido buscaba contraponerse a la doctrina religiosa. Con Ávila Camacho, las clases altas encontraron el camino para revertir las políticas sociales de Cárdenas bajo la idea de una unión nacional contrapuesta a la supuesta polarización producida en el mandato anterior. En este nuevo escenario, Jaime Torres Bodet llegó a la

Secretaría de Educación y “Su principal tarea, asumida plenamente, era modificar el artículo tercero y dejar atrás la ideología socialista” (Gómez Goyzueta, 2022, p. 143). En la nueva visión nacional, Alfonso Reyes se presentó, a ojos de Torres Bodet, como una figura intelectual propicia para apuntalarla:

Se trataba de restablecer la identidad nacional partiendo de una visión crítica de los errores del pasado, para rectificarlos y conciliar, a través de una educación integral y universal que destacara valores y virtudes morales e intelectuales al servicio de la patria y de la reunificación nacional. A partir de la educación, la historia de las letras mexicanas ayudaría a dar uno de los pasos más importantes: reconciliar el imaginario colectivo con el doloroso pasado colonial de la visión de los vencidos. (Gómez Goyzueta, 2022, p. 145)

*Letras de la Nueva España* no representa el nacionalismo cardenista, pero tampoco el proyecto burgués de “unidad nacional” de Ávila Camacho. Las ideas de Reyes desbordan ambos paradigmas, pues más que responder a alguna de las dos visiones, participa de su proyecto intelectual americanista a modo de una historia cultural que tomaba como centro de apoyo a la literatura.

Hacer una historia de la cultura en América Latina durante la primera mitad del siglo pasado fue tarea necesaria para un contexto en el cual los intelectuales latinoamericanos buscaban un espacio propio. La autonomía intelectual significaba la reivindicación de una inteligencia –en palabras de Reyes– que reclamaba su mayoría de edad y su espacio en la cultura mundial. La idea de literatura universal señalada por Goethe y mencionada por Marx en el *Manifiesto del Partido Comunista*, señalaba la mundialización de las relaciones de producción material e intelectual; sin embargo, esa estructura global establecía una distribución del trabajo entre centros y periferias.

Los intelectuales de la periferia en el marco de la construcción de los estados nacionales desempeñaron un papel fundamental en la *ciudad letrada*, pero con poca presencia internacional. Algunos lo hicieron tomando una postura bovarista, apostando por vías desindianizadoras y de blanquitud, como la de José de la Riva Agüero en Perú; otros, por caminos calibanescos y de exaltación antropofágica como en el Caribe y Brasil; al mismo tiempo se levantaban otras estrategias no pertenecientes a estas dos, como la de Alfonso Reyes, la cual podría situarse en ámbito fronterizo<sup>5</sup>. La primera buscaba acoplar la cultura y al hombre americano

<sup>5</sup> Como señala Walter Mignolo (2007) en *La idea de América*: “Una de las consecuencias inevitables del expansionismo moderno/colonial fue la creación de condiciones favorables para el pensamiento fronterizo, que permitió la descentralización de la teopolítica del conocimiento (en Tawantinsuyu y Anáhuac, en el siglo XVI) y de la egopolítica del conocimiento (en la India colonizada por Inglaterra y en África bajo el dominio

a imagen del sujeto europeo, síntoma aún de la existencia del manido binarismo civilización y barbarie. Para ser parte de la cultura universal era necesario dejar atrás lo salvaje. Curiosamente su realización partía de la asimilación de esa narrativa fundacional. La segunda tendía a un cimarronaje cultural con un posicionamiento anticolonialista, pero ello no significaba un desplazamiento total de lo europeo, sino su asimilación estratégica. Por otro lado, Reyes apostó por la reivindicación de una inteligencia fronteriza, la cual era muestra de un conocimiento más amplio, pues consideraba que el sujeto americano abrevaba de la cultura europea, al tiempo que conservaba la propia. La cultura americana era diversa y, como señala Ignacio Sánchez Prado (2012): “Reyes completa su estudio de la ontología histórica de México al construir un discurso que se ubica en las diversas posiciones subjetivas” (p. 49). La pluralidad de subjetividades era puesta en una misma dimensión, este movimiento inusual le permitió caracterizar la cultura americana y mexicana a partir de su heterogeneidad. La inteligencia Reyes (1997a) la definía como “el mutuo conocimiento, base de toda concordia” (p. 63), lo cual se puede entender como una sensibilidad de apertura hacia los otros que se contrapone a las meras ideas, entendidas como producto de racionalidades dominantes. La inteligencia americana da cuenta de la visión de vida y su acción en ella del hombre americano (1997a, p. 82).

En este sentido, la ontología histórica mencionada por Sánchez Prado no era una ontología de lo liso y lo puro o castizo, sino de la contaminación y lo corrugado: barroca. No es casual que desde muy temprano su interés por lo barroco influyera en la construcción histórica de lo americano. El hombre americano adquirió todo su espesor, como hombre nuevo y diferenciado, a finales del siglo XVI y en el trascurso del XVII, de ahí su inquietud por resaltar las obras de Bernardo de Balbuena, Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz; en ellas quedó depositado el surgimiento de una nueva sensibilidad y su distribución en lo social, a la par también la producía.

Si nos enfocamos en *Letras de la Nueva España* encontramos reiteradamente la idea de sensibilidad y pareciera que uno de los hilos conductores de Alfonso Reyes es esta misma. La búsqueda de esa sensibilidad hacía de su trabajo filológico una ciencia de la vida que mostraba la experiencia humana. A través de sus cambios, el escritor mexicano va construyendo la imagen del hombre americano, de su nacimiento a su madurez, por momentos al modo de un *bildungsroman*. En gran medida este texto es una historia de las mutaciones sensibles. Toda sensibilidad adquiere forma simbólica en cuanto se manifiesta, y algunas de sus expresiones se insertan en el ámbito estético.

En el caso de los intereses alfonsinos, el campo de las letras resulta un espacio donde se producen, manifiestan y distribuyen simbólicamente subjetividades

---

de Inglaterra y Francia en el siglo XIX). Así, los acontecimientos que condujeron al surgimiento de la idea de ‘América’ favorecieron la aparición de una nueva manera de pensar -el pensamiento fronterizo” (p. 35).

y sensibilidades. Su vocación por elaborar una historia de la producción de lo sensible podría comprenderse como una historia cultural si nos atenemos a estas palabras de Peter Burke (2012): “El común denominador de los historiadores culturales podría describirse como la preocupación por lo simbólico y su interpretación” (p. 15). Sin considerar de manera estricta *Letras de la Nueva España* como un trabajo elaborado por un historiador cultural, sí podríamos ver en esta publicación de 1948 un atisbo de historia cultural situado en la literatura y su interpretación e inscrito en un proyecto intelectual de gran aliento que tenía como centro gravitacional lo americano.

Otra obra de esta década, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña (1945), articuló igualmente un relato histórico de la literatura y lo hizo reflexionando primeramente sobre los modos de representación, algo que décadas después será teorizado a mayor profundidad en corrientes como los estudios subalternos y postcoloniales. Las obras del dominicano, del mexicano y, posteriormente, la de O’Gorman (1958) con *La invención de América*, se adelantaron a las inquietudes por las representaciones y el lenguaje de estas tendencias teóricas. Y no es de sorprender que haya sido así, pues desde las ideas de Simón Rodríguez en la primera mitad del siglo XIX estaba presente la indagación sobre las conexiones entre lenguaje, estado y poder. Un siglo después, con Frantz Fanon, persistía la reflexión sobre lenguaje, subjetividad y colonialismo.

Las representaciones pueden convertirse en relatos fundacionales que deben ser reconstruidos en pos de un plan de emancipación intelectual. Para Henríquez Ureña y Reyes, resultaba urgente armar una historia que en inicio cuestionara las anteriores y las entendiera como representaciones que proveían una imagen del supuesto orden natural del mundo. En esas figuraciones el hombre americano y su cultura eran una copia degradada de lo español, por lo tanto, su literatura carecía de un interés particular para los estudios de lo estético. Se erigían esas historias en una metafísica del origen, por ello, desplazar o situar ese comienzo en otro lado era indispensable.

En este sentido, *Letras de la Nueva España*, comprendida como una historia cultural, fue una escritura política refundacional que exigía comprender el relato histórico y la tradición como una materialidad maleable. Era forzoso leer el pasado de otra manera, un modo heterodoxo de lectura, como señalaría José Carlos Mariátegui para referirse al posicionamiento del intelectual revolucionario que mira la tradición desde una posición política que le permite verla en su carácter móvil. La construcción de una historia de tal índole tiene sentido cuando revela su propósito utópico. Hacer una historia para Reyes significaría actuar mediante la *inteligencia* en busca de la realización de esa utopía. Por ello decía: “lo que hay en el hombre actual, de presente y aún de pasado, nada vale junto a lo que hay en él de promesa, de porvenir” (Reyes, 1995, p. 240).

### Claves teóricas: Reyes y los atisbos de una historia cultural

Si el proyecto americanista de Reyes se delineó en el contexto descrito, su metodología para ejecutarlo en *Letras de la Nueva España* revela un sustrato analético notable. Una lectura a la luz de la historia cultural permite identificar en su narrativa erudita una serie de premisas que, sin ser explicitadas como un marco teórico formal, anticipan preocupaciones centrales de este enfoque historiográfico. Los siguientes párrafos tienen por objeto plasmar una serie de observaciones críticas a la historiografía elaborada por Alfonso Reyes a lo largo de su texto *Letras de la Nueva España*, desde la perspectiva teórica de la historia cultural. Así, se retoman distintos elementos del desarrollo de este enfoque historiográfico, desde el paradigma clásico del funcionalismo y el estructuralismo con autores como Max Weber, Norbert Elías o Jacob Burkhardt; así como postulados y marcos temáticos más recientes bajo el paradigma de la antropología interpretativa de Geertz y su concepción semiótica de la cultura, retomando la historia de las prácticas de lectura, escritura, socialización/apropiación de los textos, etc., desde las coordenadas de autores como Roger Chartier y Robert Darnton.

*Letras de la Nueva España* es un texto que denota cuantioso nivel de erudición de parte de su autor y una narrativa literaria y propia de su época. En primera instancia, no pareciera ser un texto que refleje postulados teóricos en su conjunto, pero una lectura entre líneas y a la luz teórica de la historia cultural arroja varias consideraciones que vale la pena destacar.

Tan solo iniciar el texto, al referirse a la llegada de la tradición ibérica al escenario cultural mesoamericano durante el arribo de los europeos, Reyes (1997b) comenta: “La literatura española, bajo sus formas populares, las más prendidas al coloquio, las menos prendidas al alfabeto, entró a México por boca de los mismos conquistadores: proverbios y romances que Hernán Cortés y sus tenientes se cambiaban de caballo a caballo” (p. 282). De este fragmento llaman la atención distintos elementos: 1) El uso del término “formas populares” expresa que, para Alfonso Reyes, la cultura no es un todo homogéneo o una totalidad que se construya de arriba hacia abajo, sino que, ante todo, es producto de las diversas contradicciones presentes en el escenario social concreto. Reyes reconoce que la tradición literaria importada por los conquistadores bajo los primeros años de la interacción cultural no era la de un letrado o una élite intelectual de la Península Ibérica, más bien fue la consolidada por el “hombre común.” Ha sido E.P. Thompson (2019) quien, desde la historia cultural británica, se encargó de dilucidar esta problemática en torno a la cultura:

... Una cultura también es un fondo de recursos diversos, en el cual el tráfico tiene lugar entre lo escrito y lo oral, lo superior y lo subordinado, el pueblo y la metrópoli; es una palestra de elementos conflictivos, que requiere un poco de presión ... para

cobrar forma de “sistema.” Y, a decir verdad, el mismo término cultura, con su agradable invocación de consenso, puede servir para distraer la atención de las contradicciones sociales y culturales, de las fracturas y las oposiciones dentro del conjunto. (p. 55)

Thompson comparte la crítica de la economía política de Marx para hacer una crítica de la cultura, lo que lo lleva a sostener que la cultura como totalidad, como sistema, es únicamente la aparición fenoménica de la misma y que detrás de esta síntesis de múltiples determinaciones hay muchas variantes que explicar. Desde luego, no se sostiene que Reyes haya compartido la crítica dialéctica de la cultura con Thompson, pero sí rechaza la idea de una cultura homogénea y propone que es producto de determinados elementos sociales, tal como la diferencia entre la forma popular y la forma de élite de la tradición literaria del Viejo Mundo. 2) Cuando hace referencia a la forma de la composición literaria de la tradición popular, “las más prendidas al coloquio, las menos prendidas al alfabeto”, Reyes acierta al apuntar las prácticas de construcción, apropiación y difusión de las tradiciones literarias a partir de sujetos y realidades sociales concretas como importantes para su historia de las letras en la sociedad novohispana. Esto resalta tomando en cuenta distintas consideraciones de la historia de la lectura: en primer lugar, que no hay textos abstractos, en segundo lugar, que el significado de los textos no está constituido por estos mismos, y, por último, que el sentido y los textos mismos están sujetos a una materialidad histórica. Al resaltar Reyes el “coloquio”, aquel diálogo en torno a las manifestaciones literarias de los conquistadores como medio de difusión, de construcción y apropiación de los textos, reconoce de manera explícita la importancia de los sujetos y sus prácticas en la construcción de la cultura. Lo abstracto se vuelve concreto, los objetos se encarnan en los sujetos y la praxis dota de historicidad a las estructuras culturales que, por sí mismas, parecen estáticas.

Más adelante, al referirse a la forma de los textos que “reconstruyeron” la tradición indígena luego de la intervención de intelectuales europeos (frailes, letrados, cronistas), Alfonso Reyes (1997b) hace explícita su noción de que la estructura del texto no es inocente:

Así, restaurada a posteriori y cuando ha dejado ya de existir, como quien revela las letras borrosas de un palimpsesto; retocada a veces; otras, estropeada al ser reducida al alfabeto; mezclada de textos auténticos, anteriores a la conquista, y de textos tardíos; ora reconstruida hipotéticamente por cuanto a sus asuntos; ora consciente e inconscientemente contaminada por el bagaje humanístico y bíblico del fraile que la recogía en los labios de sus azorados catecúmenos. (p. 283)

En este párrafo, Alfonso Reyes reconoce que la textualidad novohispana presente en la reconstrucción de la tradición indígena es producto de una estructura de pensamiento inserta en el sujeto europeo (los frailes evangelizadores) y que, por lo tanto, se ha trastocado la forma de la tradición literaria mesoamericana en la conjugación de dos estructuras de pensamiento diferentes y dos horizontes de posibilidad de pensamiento. Analógicamente Reyes coincide con las primeras generaciones que bosquejaron una historia intelectual (de las mentalidades) bajo los paradigmas del funcionalismo y el estructuralismo sociológicos. Fueron historiadores como Erwin Panofsky o Lucien Febvre quienes, bajo las categorías de “habitus” y “utillaje mental” respectivamente, asumieron la existencia de un “modo de pensar” particular que confiere la estructura a las manifestaciones culturales de una determinada sociedad (Burke, 2012, pp. 23-27). Desde luego, Reyes no hace uso explícito de dichas categorías, pero reconoce que la transformación de la literatura indígena fue producto de los elementos que determinaban la subjetividad europea y su modo de pensar, al referirse, por ejemplo, a su “reducción al alfabeto” o “el bagaje humanístico y bíblico” de los frailes.

Uno de los puntos más importantes a tomar en cuenta es la dicotomía que Reyes (1997b) establece entre la estructura y la acción, o lo subjetivo y lo objetivo. Al comenzar el capítulo de “La hispanización” comenta que “La creación de la cultura en la Nueva España se aprecia por la obra de sus dos factores, los institucionales y los humanos” (p. 299). El reconocer a los sujetos como co-constitutivos de las estructuras culturales y sus transformaciones, implica una relación con corrientes teóricas más novedosas como las inauguradas por la Nueva Historia Cultural (NHC), enfocada en las prácticas subjetivas de reproducción o reappropriación de los esquemas estructurales objetivos. Por otro lado, al inicio del fragmento citado se hace referencia a “creación” de la cultura, ello implica que Reyes atribuía una significación a la cultura más allá de una institución o estructura abstracta, para concebir a la cultura como construcción de los sujetos más que como mera representación o reproducción mecánica, tal como se establece en la definición del paradigma constructivista aludido por Peter Burke (2012, pp. 97-103).

A propósito de lo universal al exponer su concepción de la *Historia* como labor académica, en su escrito *Mi idea de la historia*, Reyes (2015) reconoce que, dentro de lo universal del corpus intelectual que alimenta sus ideas, el tamiz de la particularidad surge desde su propia condición:

Voy a defraudar al doctor Hanke, voy a defraudaros, señores: mi idea de la Historia no es mía, me la prestó el buen sentido. Ni lo he inventado yo, ni es privilegio de unos cuantos afortunados ... . Por lo menos, hay algo mío en mi idea de la Historia, en la historia de que yo tengo idea, aunque esa es otra historia, ya con minúscula y no con mayúscula. Y ello es que la Historia, para mí,

nació precisamente aquí, en Monterrey, hará cosa de sesenta años – cuando mi yo ‘etéreo’ aterrizó frente a la Plazuela de Bolívar. (p. 132)

Es decir, Reyes reconoce su posicionamiento como sujeto, su determinación ontológica en tanto sujeto particular, “hombre americano” que aporta su propia originalidad estableciéndose como punto de enunciación. Dicho principio lleva a su siguiente formulación acerca de la Historia y esta es que la Historia siempre posee un carácter subjetivo: “A nuestro parecer: estas tres preciosas palabras me iniciaron en la noción del inevitable y necesario subjetivismo que empapa, como humedad vital, todas las interpretaciones históricas” (2015, p. 66). Es el historiador el que media en la narración de la *posible verdad*, en palabras de Reyes, de los sucesos y procesos históricos que estudia. En tanto mediación, el texto historiográfico está atravesado por la subjetividad de quien lo escribe, es el subtexto implícito – o explícito – en la historiografía el que da a conocer ese subjetivismo necesario e inevitable de toda obra historiográfica. El mérito de esta reflexión reside en que Reyes escribe el texto en 1949, apenas tres décadas –aproximadamente– distanciado de los fundadores de la escuela francesa: Marc Bloch y Lucien Febvre; Fernand Braudel (1949) apenas publicaba la primera edición de su revolucionaria obra, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

Para Reyes, la historiografía es una disciplina interpretativa, la verdad es siempre verdad en potencia. Ingenua sería la posición que sostenga que un conocimiento del hecho histórico de facto es posible y efectivo. Reyes llegó a ser consciente de que el conocimiento interpretativo del pasado es lo que sostiene, como pilar esencial, el conocimiento histórico: se precisa, en tanto científico, el rigor en la elección y crítica de acontecimientos o hechos (fuentes) y en tanto artista, narración e interpretación del cuerpo de hechos fragmentarios, de ahí su idea de “... las piedras y los documentos nunca hablan por sí mismos” (2015, p. 134). Es en ese hacer hablar a los documentos, en donde se vuelve necesaria la labor interpretativa del historiador. Ello es un preludio de la definición de Geertz (2003) de la antropología como ciencia interpretativa: “En suma, los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por añadidura interpretaciones de segundo y tercer orden” (p. 28).

Pero el proyecto de realizar una historia de la cultura, o de la intelectualidad americana representada en las letras de la Nueva España, requería, no únicamente la revisión de las obras literarias clásicas del periodo, sino su interpretación comprensiva como fenómenos culturales, atravesadas por múltiples factores. El documento –o algún otro tipo de fuente– siempre está mediado por la infinita complejidad humana en tanto producto del sujeto, es tarea del historiador desentrañar aquellas determinaciones mediante un ejercicio de exégesis. Como señala Carlo Ginzburg (2024): “el pasado solo nos es accesible de modo indirecto,

mediado” (p. 50). O como dijera el propio Geertz (2003):

Lo que en realidad encara el etnógrafo ... es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después. (p. 24)

Alfonso Reyes (2015) ya advierte este ejercicio de crítica de la mediación, o de aquella estructura conceptual compleja:

También yo, en mi particular oficio de las letras, me sometí largos años a las disciplinas del documento ... Pero no confundiría yo, sin embargo, esas disciplinas preparatorias con la exégesis y la valoración de la cultura a la que aspiraba. (p. 139)

Para Reyes, el historiador funge como el “sujeto de discernimiento,” y “la realidad es una representación de la mente” (p. 135). Es decir, nos encontramos ante el hecho representado como documento, sobre el cual el historiador ejerce una agencia contemporánea – desde su determinación ontológica presente – de labor interpretativa y crítica.

Emprender un trabajo sobre literatura novohispana que no tomara lo español como centro de análisis e interpretación era una tarea difícil. Las relaciones coloniales entre metrópolis y periferias generalmente reconocen una corriente de influencia entre lo primero y lo segundo, como si el fenómeno colonizador hubiera producido una aculturación y no una transculturación –tal cual lo entendió el antropólogo cubano Fernando Ortiz al acuñar el segundo concepto, posteriormente utilizado por el teórico literario uruguayo Ángel Rama para hablar de literatura latinoamericana–. Por tal motivo, Reyes (1997a), más que hablar de una cultura americana, prefiere desarrollar la idea de *inteligencia americana*, señalando que:

... hablar de cultura americana sería algo equívoco: ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. (p. 82)

La mirada unidireccional de la colonialidad, como administración de los saberes, procura la observación de un solo sentido de la relación colonial, excluyendo el movimiento contrario; recorrer el otro sentido es la finalidad que busca Alfonso Reyes con su concepto de *inteligencia*, alusiva, entre otras cosas,

a una actitud de insurrección “alumbrada” por ella misma. En *Intermitencias americanistas*, libro ineludible al hablar de Alfonso Reyes y su proyecto americanista, Ignacio Sánchez Prado (2012) realiza una lectura que entresaca de las ideas del intelectual mexicano el movimiento con el cual articuló “[l]a desautorización de la mirada conquistadora y la construcción del tópico de la ‘invención de América’, mismas ideas que son el punto neurálgico de la revolución literaria de Reyes” (p. 54). Este descentramiento de la mirada histórica lo ideó Reyes en sus textos “Visión de Anáhuac” y la “Sonrisa” en 1917, durante su estadía en España en el Centro de Estudios Históricos dirigido en aquel entonces por Ramón Menéndez Pidal. Su estancia no produjo en él un ferviente hispanismo, como se ha querido ver, al contrario, la publicación de estos trabajos nos muestra, como señala Sánchez Prado (2012), la toma de una conciencia crítica americana en el contexto de discusiones nacionalistas posrevolucionarias en México. La labor crítica de Reyes aportó a estas querellas intelectuales una lectura que se deslindaba del nacionalismo, a la par que desplazaba el hispanismo como origen interpretativo de la cultura mexicana y americana.

En diálogo con la tradición filosófica europea y el pensamiento latinoamericano, Reyes formuló su concepción de la historia. Siguiendo a Sánchez Prado (2012), su intención era la formulación de un “proyecto alternativo de cultura nacional”, diferente al proyectado y puesto en práctica por el Estado y sus instituciones. El vitalismo espiritualista de Bergson, el idealismo hegeliano, la metafísica de Spinoza, el idealismo de Hegel y el arielismo de José Enrique Rodó, dieron forma a una concepción de la historia donde el hombre americano emergía a través de la protesta. Y es que:

Si el hombre no hubiera protestado, no habría historia –historia en el sentido común de la palabra–. El albor de la historia es un desequilibrio entre el medio y la voluntad humana, así como el albor de la conciencia fue un desequilibrio entre el espectáculo del mundo y el espectador humano. El hombre sonríe: brota la conciencia ... . Mientras no se duda del amo no sucede nada. Cuando el esclavo ha sonreído comienza el duelo de la historia. (Reyes, 1995, p. 242)

Es clara la presencia de Hegel en este fragmento de “La sonrisa”; sin embargo, es leído a través de Bergson, pues la toma de conciencia del espíritu acontece previamente en la sonrisa, como toma de conciencia ante el mundo. El esclavo sonríe ante el orden insentido del mundo y lo hace irónicamente. En ese actuar de protesta se encuentra el primer paso de su libertad. El esclavo se convierte en protagonista con su toma de conciencia, él es quien construye la historia.

Reyes pensó en una historia de la inteligencia americana como proceso de toma de conciencia, de protesta y de formación de un espíritu que muchas

veces se expresaba en una sensibilidad diferenciada que marcaba la existencia de otro hombre. En este sentido es como se puede entender que también es una ontología histórica. Si Kant en sus escritos antropológicos había negado cualquier forma de sensibilidad en el hombre americano, y casi a cualquiera que no fuera el europeo, para percibir lo bello y lo sublime, Reyes protestando ante esto subrayará la existencia de esa sensibilidad en la poesía de *las civilizaciones indígenas*, no siempre comprendida por el europeo. La forma de abordar la literatura novohispana en los años cuarenta es ejemplo de su teorización histórica enmarcada por previas conceptualizaciones sobre lo americano.

### **Sensibilidad barroca: Balbuena, Alarcón, Sor Juana y el nacimiento de una conciencia diferenciada**

En *Letras de la Nueva España*, Reyes (1997b) sostiene que el barroco pertenece a un orbe mental y estético (p. 356). Es destacable esta idea en tanto que da cuenta de su apreciación sobre uno de los objetivos de su historiografía: la explicación de un estado social (p. 356). La historiografía de la literatura ayuda a ello en tanto que expone los aspectos de la mentalidad de cierta sociedad, expresados en la dimensión estética, pero también da cuenta de sus transformaciones en tanto que esta historiografía pertenecería a la “historia de la cultura” (p. 356).

Aunque encontramos una linealidad histórica en *Letras de la Nueva España*, parecida a cierto progresismo, esta es contrarrestada con una lectura comparativa. En el primer apartado hay una intención definida por establecer la presencia de la poesía de las “civilizaciones indígenas” (Reyes, 1997b, p. 284); Reyes trata de conservar su heterogeneidad y valía estética a pesar de los pocos vestigios que de ella se encontraban en ese momento. De inicio describe rápidamente la llegada de una literatura española en su versión popular, representada en algunos proverbios y romances utilizados por los conquistadores. Inmediatamente pasa a la poesía indígena y a la pérdida de gran parte de ella en el proceso colonizador; sin embargo, señala cómo lo que se ha preservado de ella, muchas veces a través de los evangelizadores, permite hallar “reliquias de inconfundible aroma añejo, que acusan una estética y una ideación no europea” (1997b, pp. 283-284). Reyes recalca que dicha lírica no obedecía por entero a lo religioso, pues se desarrollaba en un espacio propio o autónomo, merecedor de ser considerado como estético. En cierto modo, apela a nociones modernas de autonomía de los campos del saber y del arte para leer las literaturas indígenas desde esas cualidades autónomas.

Reyes sabía lo problemático de leer una literatura fundamentalmente perdida en el tiempo y fue consciente de las herramientas a su disposición para hacerlo. Su erudición le facilitó decantarse por un método comparativo, cuyas posibilidades le permitieron encontrar otras relaciones alejadas de la lógica de influencia colonial.

Por temáticas y formas genéricas, Reyes sitúa la literatura indígena en el concierto de la literatura universal.

Una comparativa no lineal es el resultado en el primer apartado. Por medio de Vico y Baudelaire, Reyes (1997b) compara el “arte mexicano” con el egipcio y el ninivita, resaltando su perfección, la cual se extendió de Chiapas a Honduras “cuando la mayor parte de Europa dormía su pesadilla prehistórica” (p. 284). Su diseminación en el tiempo y el territorio llevada a cabo por los poetas, como los homéridas en palabras de Reyes, dieron forma a una literatura transmitida oralmente y a una tradición donde se involucraban diversos tiempos. Pensar en un desarrollo particular de estas literaturas le permite decir que el *Popol-Vuh* y los libros del *Chilam Balam* son los *Ramayanas* y *Mahabháratas* de América. Incluso el primero fue inspiración de poetas alemanes y se compara también con la *Ilíada* y la *Odisea*. Tópicos y estructuras presentes en la literatura de otros tiempos y geografías se hallan a su modo en las literaturas indígenas. El desarrollo de géneros como la épica y las formas poéticas muestran la madurez, la sensibilidad y la presencia de una estética bien establecida que perdurará con su influencia en las producciones posteriores.

Alfonso Reyes, en *Letras de la Nueva España*, recurre a Bernardo Ortiz de Montellano, quien refirió que el latín y las lenguas indígenas son, al igual que el español, los antecedentes lingüísticos de nuestra literatura (1997b, p. 309). La literatura es el espacio donde se muestra que la expresión americana no era exclusivamente el lenguaje del colonizador, sino el producto de la superposición de lenguajes y culturas. La visión castiza del lenguaje aquí es desplazada completamente para resaltar el carácter heterogéneo de las conformaciones lingüísticas, siempre impuras. El lenguaje y la cultura son resultado de contaminaciones donde los elementos constitutivos conservan su historia y autonomía, es decir, no crean una síntesis en la cual las diferencias se borran. En este sentido, para Mariano Picón Salas (1969) “[l]a cultura es un fenómeno de superposición de noticias, más que de síntesis” (p. 137). De este modo la expresión americana no se condensa en una nueva forma de síntesis, más bien se expresa como la interacción de varias superficies que al encontrarse chocan, creando los pliegues característicos del barroco.

Para señalar las diferencias entre la cultura novohispana y la española, Reyes (1997b) da los siguientes ejemplos:

En sólo el primer siglo de la colonia, consta ya por varios testimonios, la elaboración de una sensibilidad y un modo de ser novohispanos distintos de los peninsulares, efecto del ambiente natural y social sobre los estratos sociales de las tres clases mexicanas: criollos, mestizos e indios. (p. 310)

La nueva sensibilidad americana es muestra del nacimiento de un sujeto distinto y esta distinción se da en una formación ontológica particular que desarrolla una percepción distinta del mundo y, por lo tanto, necesita de un lenguaje específico que ayude a narrar la experiencia vital. Así nacen para Alfonso Reyes (1997b) dos géneros “de creación propia hasta cierto punto, si no en lo formal, sí cuanto brotan al contacto de la realidad mexicana” (p. 308). Crónica y Teatro misionario surgen por contacto y necesidad de expresión de una cultura que comienza a gestarse en diferencia. Estos géneros nacientes para el ensayista mexicano son síntoma de la aparición de una identidad y subjetividad particulares.

En una postura completamente diferente a las de Unamuno y José de la Riva Agüero, Reyes no considera que los contactos culturales y las impurezas derivadas de ellos sean algo negativo o que constriña, denigre o degenere los elementos que se entrecruzan. Para Reyes (1997b), “[l]a sola aparición de América fertiliza la voluntad y el pensamiento europeos” (p. 311). Esta idea, por supuesto, no sería compartida por hispanistas protectores de lo castizo. La mera idea de que América “fertiliza” lo europeo habla de la visión americanista alfonsina. Por ello, la literatura americana tiene un lugar particular y este no está bajo la sombra de la española, pues tiene sus tintes particulares; como ejemplo de ello, Reyes lo encuentra en la poesía de Bernardo de Balbuena.

La estructura del nuevo estilo comienza a advertirse en las colonias americanas al alborear el siglo XVII. Una personalidad como la de Bernardo de Balbuena, el mayor poeta hispano-indiano de este periodo, marca la frontera precisa entre una literatura, principalmente activa, rica de hechos y de acción como había sido la del siglo de la Conquista, y otra en que la acción abre paso a la contemplación, del contenido a la forma (Picón Salas, 1969, p. 133).

El color que le imprimió Balbuena a su poesía permitió vislumbrar dos mundos diferentes con una retórica que, como señala Reyes (1997b), muchos calificaron como resultado de la “hinchazón o desorden de las pretendidas exorbitancias americanas” (p. 341). La impureza se hace presente cuando los elementos americanos dados por sus espacios y naturaleza se infiltran en la creación poética. Balbuena fue quien logró imprimir al barroco su nota americana al incluir los rasgos diferenciados de lo mexicano, pero también es quien se “adelanta al churrigueresco, así como entra en las revoluciones poéticas del Siglo de Oro por caminos independientes” (1997b, p. 341). Aquí se muestra uno de los objetivos de Reyes con *Letras de la nueva España* y es que esta historiografía busca hacer notar que los procesos culturales en América no son dependientes de España, al contrario, estos incluso se adelantan y tienen caminos independientes para llegar a producciones ejemplares.

Otro ejemplo del proceso cada vez más notorio de particularidad americana, lo encuentra Reyes en Juan Ruiz de Alarcón que, si bien se le consideraba desde España como integrante de esta literatura, puede leerse en el trasfondo de su poesía el tono de “discreción y sobriedad” (Henríquez Ureña, 1984, p. 28) que

caracterizarían el espíritu nacional de México. Con Balbuena se aprecia adelanto e independencia, con Ruiz de Alarcón, Reyes (1997b) aprecia un movimiento de influencia inverso: América se sitúa en Europa para influir, se convierte en una fuerza estructurante en la metrópoli y por ello su obra tendrá resonancias en Corneille y Molière (p. 344).

Quien dio la tésitura final al Barroco de Indias fue Sor Juana Inés de la Cruz. Su obra, al igual que la de Góngora, tuvo que pasar por la crítica neoclásica y ser juzgada bajo el rigor de esos parámetros. Por fortuna, su obra, al igual como sucedió con la de Góngora, resurgió a inicios del siglo XX con estudios como los de Manuel Tussaint y Ermilio Abreu Gómez y, posteriormente, los de Henríquez Ureña y Reyes. Para el dominicano: “El estilo de Sor Juana es una síntesis de los estilos de su tiempo. Hay tres corrientes estilísticas en el siglo XVII: la culterana ..., el conceptismo, cuyo representante máximo es Quevedo, y el estilo fácil, cuyo mejor ejemplo puede observarse en Lope” (1984, p. 59). Al contrario de lo que comentan Henríquez Ureña y Reyes sobre Balbuena y Ruiz de Alarcón, la obra sorjuanina tuvo mucho mayor impacto en las letras hispánicas, al grado de que ya existían referencias de ella en varios escritores de los siglos XVII y XVIII.

Reyes, como Henríquez Ureña, reclamó para América a Juan Ruiz de Alarcón y dejó en claro que la originalidad de la poesía de Sor Juana, que se atrevió a ir más allá de los modelos poéticos del barroquismo español, muestra claramente una conciencia americana en la que se entrevén las realidades sociales. Con Balbuena se marca el inicio de la poética barroca americana, con Ruiz de Alarcón se reclama lo propio y con Sor Juana se reafirma la originalidad, especificidad y particularismo de la expresión barroca en el margen. Ya Reyes (1997b) lo explicaba así:

Estamos por decir que Juana se atrevió unos pasos en el puente que lleva del “parnasismo” de Góngora –resumen de visualidad grecolatina entendida según el sensorio renacentista– a una poesía de pura emoción intelectual ... . Sorprende encontrar en esta mujer una originalidad que trasciende más allá de las modas con que se ha vestido. Sorprende este universo de religión y amor mundano, de ciencia y sentimiento, de coquetería femenina y solicitud maternal, de arrestos y ternuras, de cortesanía y popularismo, de retozo y de gravedad, y hasta una clarísima conciencia de las realidades sociales: América ante el mundo, la esencia de lo mexicano, el contraste del criollo y el peninsular, la incorporación del indio, la libertad del negro, la misión de la mujer, la reforma de la educación. (p. 371)

Sor Juana, poeta barroca, en su poesía aventurada se arriesgó a ir más allá de los pasos de Góngora. Su obra refleja la conciencia de las problemáticas

americanas y su estar en el mundo, mientras reclama un lugar en él, porque, como bien señala Mabel Moraña (1998): “es también en el contexto de la cultura barroca que aparecen las primeras evidencias de una conciencia social diferenciada en el seno de la sociedad criolla” (p. 27). Por esto, si se busca el momento de la gestación de la expresión americana, habrá que verlo en el barroco. Sin embargo, es preciso analizarlo no solamente en su dimensión estética, sino también cultural y política, si se quiere comprender el retorno del barroco en América durante el siglo XX.

Solo en el estudio diferenciado del barroco se pueden captar los procesos discursivos colonizadores, al igual que sus respuestas. Únicamente así, el barroco puede volverse una expresión de contraconquista, un barroco furioso: una estética de la resistencia. Siguiendo de nuevo a Moraña (1998):

Serán justamente la imaginación y el particularismo americanos los factores que constituirán, por su misma especificidad, el desafío más importante a los modelos europeos, ya que a partir de ellos se realiza la impugnación sistemática de los universales en que se apoya la conquista espiritual del Nuevo Mundo y su colonización ideológica. (p. 13)

El barroco ha producido diversas posturas de recepción, pero hasta el siglo XX únicamente se habían enfocado en su aspecto literario y formal. Aún no se llevaba lo barroco a un plano de discusión fuera de lo estético. Alfonso Reyes, junto a otros intelectuales, delineó el camino del barroco como manifestación americana, pero no solo estética, sino también cultural. Esto permitió la aparición de estudios como los de Mariano Picón Salas (1969), quien en *De la conquista a la Independencia* marca claramente el nuevo rumbo que había tomado el estudio del barroco con Henríquez Ureña y Reyes.

### Comentarios finales

En *Letras de la Nueva España* encontramos el proyecto intelectual americanista de Alfonso Reyes pensado desde sus años de estadía en España, después de salir de México y posterior a la muerte de su padre en el periodo de la Revolución Mexicana. Ese proyecto ambicioso está integrado por diversas obras en las que destaca su deseo por afirmar la existencia de una inteligencia americana que, como se ha señalado, se relaciona con una toma de conciencia y un alumbramiento de la actividad emancipadora.

La formulación de una historia de la cultura o de la inteligencia americana, para seguir con las ideas alfonsinas, era necesaria. Un relato de refundación en el que la producción intelectual, así como el arte y las letras, fueran percibidas en sus particularidades, alejadas de una hermenéutica aún con sesgos colonizadores.

Para ello era importante hacer notar el nacimiento del hombre americano y esto lo hace Reyes por medio de una relectura y una reinterpretación de la tradición de las letras en la Nueva España que se remonta a orígenes previos en las literaturas indígenas. Reyes, en su recuento, va percibiendo esa sensibilidad en la obra de diversos autores donde se filtraban nuevos modos de mirar el mundo, junto a un paisaje diferente y sus colores. Pero también habría que señalar que, en otros textos no abordados aquí, el mexicano también indagó en la influencia de América en las letras españolas, con lo cual tuvo que corregir a algunos filólogos españoles que la negaban.

En *Letras de la Nueva España* Reyes condensa su proyecto americanista, da con el proceso del surgimiento de la inteligencia americana y la historiza. El contenido de esa historia en sentido hegeliano se encuentra en lo que llama inteligencia y sensibilidad. A la par de esto puso otro aspecto de gran importancia para el futuro de discusiones latinoamericanas: lo barroco. Para él, como para otros intelectuales y escritores, la expresión de América es en gran medida barroca. A partir de su valorización del barroco a inicios del siglo pasado, Reyes inició una tradición latinoamericana que aún persiste en varios estudios y expresiones estéticas denominadas barrocas. Ese aprecio por el barroco dio inicio cuando el mexicano le regresó el valor que había perdido Góngora. A partir de ahí, filólogos y escritores como la Generación del 27, regresaron a él.

A lo largo de este análisis hemos señalado que *Letras de la Nueva España* constituye la concreción del proyecto americanista de Alfonso Reyes y un hito temprano en la historia cultural latinoamericana. Lejos de ser una mera compilación erudita, el texto despliega una metodología interpretativa sofisticada que, mediante el análisis de las sensibilidades recogidas en la cultura y la literatura, reconstruye el proceso de gestación de una inteligencia americana autónoma. Reyes logra así: 1) descentrar la mirada hispanista al restituir la agencia histórica de las tradiciones indígenas y criollas; 2) postular el barroco novohispano como momento de cristalización de una conciencia diferenciada; y 3) practicar una forma de historia cultural atenta a lo simbólico, las prácticas y la mediación subjetiva.

Los alcances de esta investigación radican en haber articulado una lectura integral que vincula la dimensión política del americanismo alfonsino con su innovación metodológica. Al situar a Reyes en diálogo con la historia cultural, hemos evidenciado su actualidad como pensador cuya obra cuestiona jerarquías coloniales del saber. Su énfasis en la “inteligencia americana” como capacidad de protesta y creación de tradiciones propias ofrece un modelo aún vigente para pensar la autonomía intelectual de la periferia.

No obstante, es necesario reconocer los límites tanto de la propuesta de Reyes como de nuestro análisis. En primer lugar, la obra de Reyes, pese a su gesto emancipador, no problematiza suficientemente las categorías de “hombre americano” o “sensibilidad”, las cuales podrían ser leídas hoy como esencialistas.

En segundo lugar, nuestro estudio se ha centrado en *Letras de la Nueva España* y en los textos programáticos de Reyes, dejando para futuras investigaciones un análisis comparativo más detallado con otras obras de su proyecto americanista (como *Última Tule* o *Visión de Anáhuac*) que permitirían matizar o complejizar su concepción histórica. Finalmente, la naturaleza ensayística y literaria del texto alfonsino implica que sus postulados metodológicos no están explicitados como en un trabajo historiográfico formal, lo que exige un ejercicio hermenéutico que siempre conlleva cierto grado de interpretación.

Pese a estos límites, la relectura aquí propuesta reafirma la vigencia de Alfonso Reyes como fundador de una tradición crítica latinoamericana. *Letras de la Nueva España* se erige no solo como una refutación al hispanismo, sino como un manifiesto metodológico que, décadas antes del “giro cultural”, entendió que la historia se escribe desde la mediación interpretativa y que las letras son el archivo donde una comunidad imagina y construye su diferencia.

## Referencias

- Burke, P. (2012). *¿Qué es la historia cultural?* Paidós.
- De la Riva Agüero, J. (1905). *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Galland.
- Ette, O. (2015). La filología como ciencia de la vida. Un escrito programático en el año de las humanidades. En *La filología como ciencia de la vida* (pp. 15-42). Universidad Iberoamericana.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Ginzburg, C. (2024). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*. Fondo de Cultura Económica.
- Gómez Goyzueta, X. (2022). Hacia una mirada decolonial de “La hispanización” en *Letras de la Nueva España*, de Alfonso Reyes. *Bibliographica*, 5(2), 137-162. <https://doi.org/10.22201/iib.2594178xe.2022.2.276>
- Henríquez Ureña, P. (1984). *Estudios mexicanos*. Fondo de Cultura Económica; Secretaría de Educación Pública.
- Henríquez Ureña, P. (2001). *Obra crítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Visor.
- Lander, E. (1993). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 11-40). CLACSO.
- Marx, K. y Engels, F. (2016). Manifiesto del Partido Comunista. En *Obras Escogidas* (vol. 1). Akal.
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa.
- Mondragón, R. (2019). *Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana*. Universidad Nacional Autónoma de México.

- Moraña, M. (1998). *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Núñez Jaime, V. (2015, 11 de noviembre). Alfonso Reyes, el “más español de los escritores mexicanos”. *El País*. [https://elpais.com/cultura/2015/11/10/actualidad/1447157834\\_562133.html](https://elpais.com/cultura/2015/11/10/actualidad/1447157834_562133.html)
- Picón Salas, M. (1969). *De la Conquista a la Independencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (1995). *Obras completas* (vol. III). Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (1997a). *Obras completas* (vol. XI). Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (1997b). *Obras completas* (vol. XII). Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2015). Mi idea de la historia. En *La teoría de la historia en México* (pp. 129-142). Fondo de Cultura Económica.
- Ribas, P. (2011). Unamuno e Hispanoamérica. En *Unamuno y nosotros* (pp. 45-62). Anthropos.
- Rojas Mix, M. (2018). *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Pehuén.
- Sánchez Prado, I. (2012). *Intermitencias americanistas*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Subirats, E. (2004). Siete tesis contra el hispanismo. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, (17), 149-166.
- Thompson, E. P. (2019). *Costumbres en común: estudios sobre la cultura popular*. Capital Swing.
- Unamuno, M. (1918). *Algunas consideraciones sobre la literatura Hispano-americana*. En *Ensayos* (Tomo VII, pp. 103-125). Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Williams, R. (2019). *Marxismo y literatura*. Las cuarenta.



Todos los contenidos de *Acta Literaria* se publican bajo una [Licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional](#) y pueden ser usados gratuitamente, dando los créditos a los autores y a la revista, como lo establece la licencia.